

# LA ESPAÑA DE MIGUEL HERNÁNDEZ. I. LOS AÑOS DE LA INFANCIA

Francisco José Franco  
Cronista oficial de Cartagena  
UNED

Manuel Jesús Soler  
Ateneo Cultural Pepe de Juana

Recibido: mayo 2021/ aceptado junio 2021

## RESUMEN

Capítulo inicial de una serie que enmarca la vida y obra de Miguel Hernández en el contexto de un país convulso y en crisis. En esta primera entrega los autores analizan su infancia en Orihuela, ciudad prototípica de la España rural, de esa España de siempre maniatada por los poderes tradicionales que en 1910, año del nacimiento del poeta universal, salía de una importante crisis nacional tras los sucesos de 1909.

## PALABRAS CLAVE

Miguel, Orihuela, Canalejas, Semana Trágica, clero, Miró.

## A modo de introducción

Pudiera parecer chocante *a priori* el objetivo que nos hemos impuesto los autores de esta serie de artículos, pues tomar como hilo conductor de la historia de un país tan complejo como es España y en unos años tan intensos como fueron aquellos del final de la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la Guerra Civil y la posguerra la simple biografía de un hombre es de una inmensa osadía.

A Miguel Hernández se le ha analizado ya desde todos los puntos de vista, especialmente en los últimos 50 años, revisándose en congresos y en múltiples estudios su vida y su fecunda obra, pero quizás en lo que

se ha profundizado poco o nada es en su estudio como prototipo de lo que fue el devenir de nuestra Patria. Y creemos que nuestro punto de vista puede contribuir algo a llenar esa carencia.

Miguel es en nuestros días a la poesía como Rousseau al pensamiento: no deja indiferente a nadie y todos quieren ver algo cercano en ellos. Y eso que nuestro hombre no pudo vivir de la literatura como era su sueño, pues nunca encontró el camino que le condujese al éxito, ni pudo sentirse cerca de los círculos burgueses de la villa y corte que él envidiaba, ni fue nunca tenido como uno de ellos por los popes de la literatura de su tiempo.

Miguelico escribía a unos y a otros queriendo dar el salto a la capital buscando el éxito, pretendiendo ser útil a Cossío o a Neruda para que le permitiesen compartir con ellos espacio y tiempo. En pocos sitios encuentra cobijo, consigue a duras penas ser uno de los hijos literarios de su paisano Gabriel Miró y formar parte del grupo de los poetas levantinos, llega a la Cartagena de la Universidad Popular y las Misiones Pedagógicas y pasa del todo desapercibido en una tribuna por la que desfilan las más laureadas cabezas de la nueva España Republicana.

El gran genio de Orihuela nunca consigue salir de su pueblo para elevarse al olimpo literario y su círculo más cercano corta cada vez más sus vuelos: Miguel está preso de esa España secular, de ese mundo de tradiciones donde se mezclan el monte y la Iglesia, horizonte vital donde se forja una parte de su personalidad, pues crece en un mundo donde el tiempo se detuvo. Pero él intuye que otra vida es posible, que en las ciudades más cercanas de Alicante, Murcia o Cartagena hay una generación de chicos que viven un tiempo nuevo, una burguesía intelectual que ya no siente ni respira como lo hicieron sus padres.

En la España de la Restauración los caciques mandan, pero las ciudades acogen libres el nuevo pensamiento y las nuevas tecnologías que todo lo arrasan. Miguel de vez en cuando toma un tren y ve que a pocos minutos de su vetusta Oleza hay chicas que visten diferente y hablan diferente a como lo hace su querida Josefina: visita en La Unión y en Cartagena a Carmen Conde y María Cegarra y ellas comparten

con él un mundo de poesía. Más de tarde en tarde se aventura a ir a Madrid, donde todo es posible si entras con energía, si tienes el respaldo económico suficiente, si alguien te protege o tienes la suerte de que el viento sople a tu favor.

Miguel encontró en la capital de las Españas la ayuda de algunos reputados intelectuales, vivió por un tiempo la vida que quiso vivir y conoció a mujeres diferentes a las que poblaban su mundo. Pero pronto se tuvo que olvidar de su sueño y volver a su pueblo a conocer la cara amarga de la derrota: es en ese momento cuando la historia de España comienza a girar de nuevo con rapidez y el joven poeta salta a la palestra: la fugaz fama que le da un artículo de prensa no le libra sin embargo de los avatares personales ni de los desastres colectivos: la miseria, la guerra y la muerte se imponen.

Todas esas sensaciones vividas son dinamita en un alma sensible: Miguel Hernández va forjando una inimitable obra literaria y su vida y su testimonio dejan sin él pretenderlo unas interesantes pistas para que el historiador pueda desde lo particular analizar un periodo triste pero determinante de la historia de España.

### **La crisis de la Restauración**

Pero tenemos que volver atrás y situar al lector en el comienzo de esta historia: en 1902, un poco antes del nacimiento de Miguel, terminó la regencia de María Cristina y Alfonso XIII, hijo póstumo de Alfonso XII, fue proclamado rey de España. Continuó el sistema de la Restauración, basado como sabemos en el turno político en el poder de los dos grandes partidos: el Liberal y el Conservador, que marcaron durante años las reglas del juego político intentando equilibrar a las dos Españas: la que dormía plácidamente en los brazos del Antiguo Régimen y gobernaban caciques y curas, y la que miraba a Europa y se abría al mundo y a la modernidad.

El inicio de siglo en España no fue muy diferente al del resto de países de su entorno, pues en toda Europa había una dinámica de cambio para consolidar los nuevos regímenes democráticos. El proceso

fue difícil (excepto en aquellos países con más larga tradición liberal como Inglaterra o Francia) y jalonado de diversas tensiones producidas sobre todo por la acción desestabilizadora del comunismo (Revolución Rusa) y del Fascismo (Alemania e Italia). En España el proceso también estuvo lleno de dificultades y enfrentamientos que, desgraciadamente, condujeron a nuestra Guerra Civil.

Hasta 1931 hay una serie de factores que explican los cambios políticos y sociales de estos años:

A) La crisis del sistema de la Restauración. El modelo del bipartidismo trajo estabilidad durante un tiempo, pero después mostró su peor cara: exceso de corrupción, caciquismo y falta de estabilidad institucional. El movimiento obrero (principalmente socialismo y anarquismo), los partidos republicanos y los partidos nacionalistas de diferentes tendencias del País Vasco y Cataluña, estaban fuera del sistema y buscaban su identidad, bien reclamando una alternativa regeneradora y democrática, o mirando con envidia las experiencias totalitarias que ya se conocían en otros países. Las dos Españas se mezclaban gracias al progreso del transporte y las comunicaciones, y en las ciudades dormidas como Orihuela la prensa y la radio abrían los ojos al pueblo y la burguesía, mostrando una alternativa a los usos de siempre.

B) La guerra de Marruecos: un conflicto muy impopular desarrollado en el protectorado español constituido en 1906 tras la conferencia celebrada en Algeciras, que se prolongó hasta 1927. La población estuvo en contra de esta ocupación injusta e inútil. La guerra de Marruecos va a estar en el centro de la mayoría de los sucesos revolucionarios y, a la larga, le va a costar la corona al propio rey Alfonso XIII. Estos conflictos afectaron a todo el territorio por su coste económico y los injustos sistemas de reclutamiento de soldados que acabaron crispando a toda la sociedad.

C) La relación Iglesia-Estado: España era un país tradicionalmente católico en el que el clero intervenía activamente en la vida pública (orden moral, educación) y en la política. Los cambios sociales señalaban directamente a la Iglesia, fuertemente afectada por los procesos desamortizadores del siglo XIX, pues la tendencia era igual a la francesa: caminar hacia un modelo de país laico y, al mismo tiempo, quitar al poder eclesiástico sus privilegios y el control casi total que tenía

sobre la educación. Por tanto, este fue otro frente de disputa político-social con defensores y detractores en conflicto. En el pequeño mundo de Orihuela la familia Hernández vivía en armonía con la naturaleza en el patio trasero y topaba en la puerta delantera con ese otro mundo dominante que representaban los curas del colegio Santo Domingo, que eran como el padre de Miguel resistentes al cambio, reticentes a todo proceso que alterara lo que siempre se había conocido.

D) La actuación de los militares: Desde comienzos del siglo XIX era habitual la intervención del ejército en la vida pública, estando en el primer cuarto del siglo XX los oficiales muy divididos, enfrentados en dos bandos, Africanistas y no Africanistas.

E) El contexto histórico: Extensión de corrientes políticas radicales y extremistas: anarquismo, sindicalismo revolucionario, socialismo de estado, fascismo y nacionalsocialismo (Alemania). Este ambiente evidentemente va a influir en España y se debe tener en cuenta a la hora de explicar la realidad nacional de aquellos años, dentro de un proceso con un final económico nefasto: la crisis de 1929, que frena el proceso de emigración hacia las Américas y condena a la generación de Miguel a permanecer en los estrechos muros de sus lugares de origen.

Podemos decir que la crisis del sistema político de la Restauración comienza con la Semana Trágica del año 1909: Barcelona, corazón en aquella época de la industrialización española, había vivido desde principios de siglo un gran auge de las movilizaciones obreras que había culminado en 1907 con la creación de Solidaridad Obrera, organización anarquista que nació como respuesta a la burguesa y nacionalista Solidaritat Catalana. Alejandro Lerroux y su Partido Republicano Radical recorrían el territorio nacional con un programa demagógico y anticlerical.

La Ley de Jurisdicciones de 1906 trajo un reforzamiento del anticlericalismo y antimilitarismo en las ciudades. La política autoritaria del gobierno de Maura no ayudó a calmar los ánimos. Sin embargo, fue la guerra de Marruecos la que determinó el estallido de la Semana Trágica: los ataques de los habitantes del Rif contra los trabajadores españoles de una compañía minera llevaron a la movilización de reservistas. Las protestas obreras pronto aparecieron en Barcelona y Madrid.

Los primeros choques militares se saldaron con el Desastre del Barranco del Lobo, con el resultado de más de 1200 bajas españolas. El día 26 de julio de 1909 estalló la huelga general en Barcelona, convocada por Solidaridad Obrera y la UGT. Se iniciaron tres días de protestas, quemas de conventos y enfrentamientos con el ejército. Fue un movimiento trágico y que dejó profunda huella en el espíritu nacional: un centenar de muertos, heridos, destrucciones... La represión fue muy dura y culminó con el juicio sin garantías y la ejecución de Francisco Ferrer y Guardia, pedagogo anarquista y fundador de la Escuela Moderna.

La Semana Trágica se llevó por delante el programa reformista de Maura. Mientras el PSOE conseguía que Pablo Iglesias fuera elegido diputado en 1910, el político liberal José Canalejas llevó a cabo el último intento regeneracionista dentro del sistema de la Restauración. Su acción reformista (servicio militar obligatorio en tiempos de guerra, la ley del candado y la ley de Mancomunidades) acabó brutalmente con su asesinato por un anarquista en 1912. En adelante podemos hablar de una crisis permanente de los partidos del turno.

### **Nacer en Orihuela: España, entre la modernidad y la tradición**

En este decisivo momento de la historia de España, 1910, nace nuestro protagonista, que vivió su corta vida paralelamente a los decisivos momentos de la crisis de España: Miguel Hernández nació un 30 de octubre en Orihuela y murió en plena juventud sin conocer momento alguno de estabilidad política.

Era el tercer hijo de los siete que tuvieron Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert, y el segundo varón. Su familia se dedicaba a la cría de ganado caprino, lo que motivó que se trasladaran desde la casa donde Miguel nació, sita en el número 82 de la calle San Juan, a una más grande y acorde con el negocio familiar (calle de Arriba número 37), ubicada entonces en las afueras de Orihuela y que, por su situación en la ladera del monte y su proximidad al colegio Santo Domingo, contribuyó sobremanera a su doble condición de pastor y poeta. Su padre, hombre de perfil muy diferente al suyo, no era de condición tan humilde como a veces se ha dicho, aspirando a ascender

socialmente y logrando incluso ser nombrado alcalde de barrio; su madre, por su parte, era una mujer del pueblo, enfermiza y de carácter pesimista.

Cuando Miguel tenía solamente cuatro años estalló la Primera Guerra Mundial, que dividió al país entre aliadófilos (liberales e izquierdas) y germanófilos (derechas conservadoras), pero trajo un periodo de prosperidad económica, pues España, que permaneció neutral, pudo convertirse en abastecedora de muchos productos para los países contendientes, lo cual favoreció el crecimiento económico de la región levantina, donde el joven aspirante a poeta acompañaba a su padre como pastor de cabras, labor que compaginaba desde 1916 con la asistencia a clase en el centro de enseñanza *Nuestra Señora de Monserrat*, donde aprendió a ejercer sus dos grandes pasiones: escribir y jugar al fútbol.

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo pasado, la localidad alicantina de Orihuela era una floreciente ciudad agraria sita en la vega del Segura, que generosamente ofrecía sus aguas a los fértiles campos que la circundaban. Pero la Oleza de Gabriel Miró era también una ciudad prácticamente tomada por el clero. Catedral, seminario, más de treinta templos, conventos, colegios confesionales y órdenes religiosas masculinas y femeninas sentaban sus reales en la ciudad levantina.

La impronta ideológica que esa presencia clerical imprimía en la ciudad y en la vida de la familia Hernández, la dibuja muy bien José Luis Ferris (2017, p. 26):

“Pero si algo definía a Orihuela por encima de cualquier consideración era, sin duda, su intenso olor a incienso, su ambiente levítico y su clericalismo abrumador [...] Pero había más, porque la propia vida cotidiana no podía entenderse sino inmersa en el aire santurrón y levítico que, más allá de las torres y las sacristías, se filtraba por todos los rincones del lugar.”

Y si la vida cotidiana estaba poseída de ese *ambiente levítico*, ni qué decir de la vida cultural de la ciudad, dirigida por el clero, la

aristocracia y la alta burguesía. Domingo Navarro (1997, p. 18) abunda en este carácter en relación a la publicación oriolana *La lectura popular*:

“El mensaje que dirigía al pueblo discurría por cauces de resignación, desinterés por los bienes materiales, rechazo de todo lo que significase transformación social y política, presentación de un Dios justiciero y reforma moralizante.”

El correlato ideológico y político de este “clericalismo abrumador” era el de un rancio conservadurismo instalado en buena parte de la población, que hacia los años treinta evoluciona y adopta la forma de falangismo y carlismo. Una ciudad, en definitiva, de la que podríamos decir, junto con Eutimio Martín (2010, p. 33), que “Eclesiástica y señorial, Orihuela es un fósil del Antiguo Régimen.”

Eran numerosas las familias que en Orihuela vivían de las actividades agropecuarias. Entre ellas, los Hernández Gilabert, cuyo patriarca, don Miguel Hernández Sánchez, nacido en la vecina localidad de Redován en el seno de una familia de agricultores, se trasladó a la cercana Orihuela, donde era conocido como ‘el Vicenterre’. Se dedicó -pese a que en su cédula de identidad consta el oficio de vigilante jurado- a la cría y trata de ganado y llegó a poseer su propia cabaña de reses. Tenía, junto con un hermano, un negocio de trata de ganado, que era enviado a Barcelona, donde aquel lo vendía.

El padre de Miguel Hernández era un hombre prácticamente analfabeto (aprendió con el tiempo a estampar su firma), rudo, adusto, nada dado a las zalamerías con sus hijos y de un fuerte espíritu práctico y materialista. La madre, Concepción Gilabert Giner (Concheta), era hija de un tratante de caballos -el ‘tío Mancebo’, como se le conocía- quien quizá influyó en que don Miguel optara por el negocio de la trata de reses.

Doña Concepción, como hemos apuntado antes, era un ama de casa prototípica, de probable ascendencia gitana, dócil al marido, como se enseñaba a las mujeres de la época, y que ponía el contrapunto tierno y maternal a la seca adustez de don Miguel. Llegó el matrimonio a tener siete hijos, de los que solo cuatro sobrevivieron, entre ellos nuestro

poeta, que llegó a convivir con otras cuatro hermanas menores de las que solo una sobrevivió.

Pese a que ha sido lugar común decir que se trataba de una familia pobre -el propio poeta alimentó esta leyenda por lo que hoy llamaríamos márketing- es más exacto afirmar que se trataba más bien de una familia de un austero pasar, una familia trabajadora en la que no sobraba, pero tampoco faltaba nada esencial. En definitiva, una familia que hacía de la sobriedad su modo de vida, como tantas en la época.

Eutimio Martín, en su, en tantos aspectos, desmitificadora biografía, va más allá al afirmar que la familia Hernández Gilabert, lejos de ser humilde, era una familia acomodada, por cuanto don Miguel -dice- era uno de los propietarios ganaderos más importantes de la Vega Baja del Segura, con trabajadores a su cargo y cierto poder caciquil bien representativo de ese tiempo.

Según esta versión, todas las protestas de pobreza de pastor que nuestro poeta hace en sus cartas y en su obra, no serían más que una sabia pose, un astuto ‘postureo’ parte de una eficaz labor de explotación de una imagen que correspondía a una concepción diferente de España y podría contribuir a su éxito literario: “el *look* de pastor poeta fue pregonado y exhibido por Miguel Hernández con rara habilidad propagandística para granjearse la atención de cuantos le rodeaban”, afirma Martín (2010, p. 50 y ss.).

De hecho, en su momento, Miguel tuvo que admitir que las cabras que pastoreaba no eran ajenas, sino de su familia. Sin embargo, sí debemos matizar que la muerte del hermano y socio de don Miguel conllevó un descenso social de la familia al punto de que, como sabemos, el poeta hubo de abandonar los estudios y que, en otro momento, la menor de las hermanas, Concepción, tuvo que ponerse a coser para aportar dinero. Como tantas familias españolas, la de Miguel se vio afectada por la precariedad económica de un país que por aquel entonces no ofrecía en un ámbito rural más que el recurso de la emigración.

Miguel Hernández Gilabert era aparentemente un niño más, que no apuntaba demasiados rasgos que lo distinguiesen de los de su

entorno: era de carácter inquieto, con un periplo académico que empieza en el pequeño colegio de pago de Nuestra Señora de Monserrate, donde cursó lo que hoy sería preescolar, para pasar más adelante a las escuelas de beneficencia del Ave María. Durante su estancia en estos centros educativos, desde los nueve a los doce años, el niño Miguel ejerció de monaguillo, experiencia que le marcó y que reflejaría en su obra en prosa *Tragedia de Calisto*.

En el Ave María, su espíritu despierto y alto rendimiento escolar -pese a que el niño faltaba con frecuencia a clase para echar una mano en el negocio familiar- llama la atención de los jesuitas -siempre ávidos de captar talentos- que lo trasladan, como alumno “externo y becado” al colegio de Santo Domingo -el *Jesús* de las novelas de Gabriel Miró- y al cual estaban anexas las escuelas del Ave María- para que curse bachillerato.

Dicho colegio estaba a escasos metros de la casa del poeta, donde se conserva en la actualidad su casa-museo a los pies del monte de San Miguel, y que estaba dotada de huerto y establo y con una puerta lateral por donde el poeta sacaba a pastorear al ganado. Andando unos pocos pasos el niño Miguel pasaba de un entorno montaraz a uno urbano eclesiástico “donde su mundo se puebla de una iconografía vital e inconfundible” (J. L. Ferris. 2017, p. 37).

Pero, abundando en su historial escolar, diremos que en el nuevo colegio el hijo del cabrero siguió despertando la admiración de sus maestros por su alto desempeño académico, que le valió las más altas distinciones escolares que otorgaban los jesuitas. En el *Jesús* coincidirá con Pepito Marín y conocerá al canónigo don Luis Almarcha, los dos personajes más influyentes en la dinámica vital del poeta.

El pequeño Miguel no era el clásico estudiante responsable y concentrado en sus estudios y que da la espalda a todo lo que no sean los libros y la escuela: hacía las mismas cosas que los otros chavales de Orihuela: callejear, robar fruta en los huertos -hay testimonio de ello en algunos poemas y prosas- y, sobre todo, jugar al fútbol, que practicaba con sus amigos de extracción humilde: el *Paná*, el *Mella*, Gavira y otros muchachos que vivían con intensidad el día a día sin saber ni querer

saber nada de las revoluciones que había en Rusia, de las guerras que se preparaban en Europa ni de los cantos de sirena políticos de la villa y corte.

## **La crisis del 17**

Mientras Miguel comenzaba su entonces anónima vida, la guerra continuaba cerca de nuestras fronteras y en 1917 el Imperio Ruso conocía una revolución de perfil muy diferente. En ese tiempo España se preparaba para afrontar un nuevo capítulo del absurdo conflicto de las colonias africanas:

A) La población no entendía que España estuviera en una nueva guerra para controlar una zona que era muy pobre y que solo beneficiaba a ciertas compañías mineras ligadas al poder.

B) Los soldados que iban a Marruecos eran reservistas de reemplazo, es decir, jóvenes que hacían el servicio militar obligatorio y que eran elegidos por sorteo en diferentes reemplazos de soldados, pero los hijos de los ricos podían evitar ir si pagaban al Estado una prima bastante cara que no estaba, claro, al alcance de los más pobres.

El mal reparto social de los beneficios del *boom* económico y la creciente inflación llevaron al estallido social y a una profunda y compleja crisis, con diversos aspectos: el descontento entre los oficiales peninsulares ante los rápidos y, a veces inmerecidos, ascensos de los africanistas culminó con la creación de las Juntas de Defensa. El gabinete conservador de Eduardo Dato se plegó a la imposición de los militares y aceptó la creación de unas juntas que iban contra la disciplina militar y la subordinación del ejército al poder civil.

En ese contexto, se produce además una decisiva crisis parlamentaria: setenta diputados y senadores de la Lliga Regionalista, republicanos, socialistas e incluso algún miembro del partido Liberal constituyeron en Barcelona una Asamblea Nacional de Parlamentarios que demandó un cambio de gobierno y la convocatoria de Cortes Constituyentes. La huelga general de 1917, convocada en agosto por CNT y UGT, tuvo un amplio seguimiento en las ciudades y se saldó

con un centenar de muertos y miles de detenidos. Ante la amenaza de revolución obrera, las Juntas de Defensa abandonaron sus peticiones y apoyaron la represión contra los huelguistas. Por otro lado, la dimisión de Eduardo Dato y la formación de un gobierno de coalición con la participación de la Lliga Regionalista, contribuyó a la inmediata desactivación de la Asamblea de Parlamentarios.

La comentada neutralidad de España durante la I Guerra Mundial hizo posible que las industrias españolas aprovecharan para proveer de suministros a los países combatientes. La economía española mejoró enormemente, pero fue un crecimiento demasiado rápido y especulativo: las fábricas estaban a pleno rendimiento, había trabajo y dinero y el nivel de vida había subido un 70% respecto al año 1914. Todo ello hizo que la inflación fuera muy elevada y que aumentaran la polarización social entre ricos y pobres. Cuando la guerra mundial finalizó en 1918, los países combatientes comenzaron la reconversión de su economía, activando la industria ligera y los bienes productivos, por lo que se redujo drásticamente la importación de productos españoles. España entró en una nueva crisis económica, la más importante desde que se iniciara el siglo.

El país entró en recesión por la fuerte inflación y la falta de demanda. Miles de personas perdieron su empleo y los sindicatos reaccionaron con violentas huelgas y revueltas. Además, las protestas populares se animan con la repercusión de la exitosa revolución bolchevique que por entonces se producía en Rusia.

La lucha social de clases se había convertido en el gran problema del país: el fin de la Gran Guerra trajo una profunda crisis económica y social que inmediatamente desencadenó una gran conflictividad en Barcelona: las huelgas y protestas alentadas por los anarquistas se encontraron con una dura represión del nuevo gobierno de Maura, que contaba con el pleno apoyo de la burguesía catalana. Para contrarrestar la acción directa de los anarquistas, el sector más duro de la patronal creó el denominado Sindicato Libre, grupo de pistoleros que actuó con el apoyo policial. La aplicación de la Ley de Fugas, pura y simple ejecución sin juicio de los detenidos, exacerbó aún más el conflicto.

En aquellos años en los que Miguel recibía educación primaria en las escuelas del Amor de Dios, España comenzaba su período más convulso: el presidente del Gobierno (Eduardo Dato) en el verano de 1917 clausuró las cortes y suprimió las libertades, imponiendo el estado de alarma y poniendo en grave crisis al sistema bipartidista, perdiendo los partidos tradicionales de su majestad el monopolio del poder: para calmar la situación tienen que aceptar la participación de otras fuerzas políticas, formándose un ejecutivo de concentración nacional con la participación de los nacionalistas catalanes, abriéndose una triste etapa de 13 gobiernos diferentes.

En ese entorno de amigos y vida callejera, ajeno al ensordecedor griterío del parlamento, Miguel era conocido con el sobrenombre de el *Pelao*, por su afición a ir rapado y por su destino a vivir una vida austera y tópica: pronto la tristeza de España hizo tornar a siniestra la dinámica cotidiana de su familia, su brillante historial académico se ve entonces drásticamente interrumpido: tras el deterioro de la economía familiar el padre cabrero, llevado por su espíritu práctico, toma una tajante decisión: Miguel tiene que abandonar los estudios y de nada sirven las visitas ni los ruegos de los jesuitas, que se ofrecen a costear al niño una carrera -eclesiástica, por supuesto-, por lo que Miguel deja el colegio tras año y medio de bachillerato y a la edad de catorce años.

Una dictadura militar gobierna con férreo puño España y el joven Miguel contribuye a la economía de la casa sirviendo de aprendiz en un comercio textil llamado *El Globo*, que fue devastado por un incendio, de forma que perdió su empleo y se vio abocado irremediamente a trabajar en el negocio familiar, siendo este un aspecto que ponen en duda algunos biógrafos del poeta.

De una manera u otra, lo cierto es que, a su salida del colegio, encontramos a Miguel atendiendo al ganado de su padre en el establo y en el monte y repartiendo a domicilio la leche de sus cabras. Nace en la pubertad el poeta cabrero, que tuvo ahora en la soledad del monte tiempo si no para leer, sí para meditar e imaginar sueños poéticos. Queda la duda de saber cuál hubiera sido en otras circunstancias la definitiva esencia poética y el bagaje de su obra literaria si hubiera continuado en la disciplina estudiantil.

Solo podemos hacer conjeturas, pero lo cierto es que la experiencia pastoril del adolescente, la realidad montañesa que a diario le entraba por los ojos, como dice el mismo autor, forjó quizás una figura diferente y no contaminada con las turbulencias que a veces provoca esa vida urbana y social que tanto criticó Rousseau en su *Emilio*. Pedro Collado (1993, p. 93) afirma al respecto:

“En esa sinfonía abigarrada, exuberante, de colores frutales y cereales cosechas, y en ese aprendizaje que generosamente le ofrece el entorno vegetal y terrestre va forjando día a día su cuerpo y el espíritu de su vida futura.”

De haber seguido en el *Jesús*, es probable que el muchacho hubiera sido poeta de todas maneras, pues la poesía nace con él como nacieron su piel o su sangre, pero, probablemente, hubiera sido muy otra de la que conocemos, quizás menos original y menos pura, más contaminada por los gustos y las formas de su tiempo.

Quizá en esto tengamos, paradójicamente, que darle gracias a la tradicionalmente denostada oposición de su entorno familiar y pensar que la originalidad poética de Miguel surja precisamente de este aislamiento forzado en un momento clave de su evolución personal y poética. Pudiera ser que su lejanía de los centros de la cultura acabase forjando un espíritu rebelde y un carácter desclasado, construyendo un personaje que podía llegar a ser rudo y tosco en su contacto con los demás y que al tiempo era capaz de hilar los más hermosos versos.

Miguel es pronto el poeta-cabrero, el escritor incomprendido, el buen salvaje que no vende libros y el ser atormentado por los avatares de su vida y azotado por el devenir de España. A partir de este momento, Miguel compagina el pastoreo -en compañía de su amigo *Meno*, también pastor- y la venta a domicilio con sus primeros escauceos poéticos, paralelos a un proceso de formación parcialmente autodidacta, pues su reputado biógrafo José Luis Ferris matiza el divulgado tópico que lo encuadra en un rotundo autodidactismo. Miguel está fuera del colegio, pero se procura el acceso a la lectura de los clásicos y de las últimas novedades de mil maneras nutriéndose de los libros que le prestan amigos y conocidos. Entre ellos destaca una persona que tendrá un gran peso

en su vida y su destino: el canónigo don Luis Almarcha. Igualmente, tomaba libros prestados de la biblioteca municipal, donde la encargada, Inocenta González-Palencia, le aconseja sabia y amorosamente. Los versos rudos y terruñeros de Vicente Medina, los cristalinos de Rubén, junto con poetas románticos como Espronceda, Zorrilla y Bécquer, además de Campoamor, Gabriel y Galán y otros a los que más adelante Almarcha añadirá San Juan de la Cruz, Miró, Verlaine, Virgilio y otros de su biblioteca, formarán el acervo de lecturas que inspirarán los primeros poemas del joven poeta.

No obstante, en lo tocante a la formación literaria de Miguel tras abandonar los estudios, el papel de Almarcha como proveedor de libros del poeta pastor es objeto de polémica. Ferris (2017, p. 61) lo fundamenta en el testimonio del propio clérigo y en el de Manuel Altolaguirre. Se supone que el poeta malagueño fue informado por el propio Miguel del peso del clérigo en su formación.

Eutimio Martín, por el contrario, niega el préstamo de libros, aduciendo que el testimonio del canónigo puede ser interesado. Por otra parte, aduce una carta de Miguel a Almarcha del 10 de octubre de 1932 en la que, entre otras cosas, el poeta le pide excusas por no haber ido nunca a su casa, de donde Martín (2010, p. 203) deduce como poco probable el préstamo de libros, pues considera impensable que el clérigo se los llevara a domicilio o al monte y concluye que “la cultura literaria de Miguel Hernández fue obra personal del propio interesado, que se sirvió de la bien abastecida biblioteca municipal de Orihuela y de la generosa orientación de su eficaz directora”. No obstante, y dado que, reconoce Martín, el poeta agradece los consejos y amenas charlas con el clérigo, nosotros concluimos que en algún sitio se tenían que producir esas charlas: ¿No es posible que fuera allí donde Almarcha llevara libros a Miguel?

No hace falta decir que las lecturas del pastor y sus poemas despertaban la feroz oposición de su padre, que consideraba toda actividad intelectual como una frivolidad que apartaba a su hijo del trabajo y de sus obligaciones familiares. Se dice que don Miguel llegaba al extremo de destruir cuanto libro escondía su hijo por los rincones de la casa. El niño se tenía que esconder para leer a altas horas de la noche,

hurtándose las al sueño para evitar que el progenitor lo sorprendiera leyendo, lo que no siempre conseguía.

Mientras se forjaba un carácter poético en una remota esquina de España, todo el país quedaba marcado por la conflictividad social y los fracasos en la guerra de Marruecos: 1921 es un año decisivo en este proceso, por el asesinato de Eduardo Dato, Presidente del Gobierno, y el desastre militar ante los rifeños comandados por Abd-el-Krim. Se produjo el 22 de julio de 1921 cerca de la localidad marroquí de Annual y condujo a una redefinición de la política colonial de España en la Guerra del Rif y a una de las más importantes crisis políticas entre las que socavaron los cimientos de la monarquía liberal de Alfonso XIII, provocando una enorme inestabilidad política y económica que llegaba, en una economía crecientemente interconectada, a todos los rincones de la geografía patria.

## BIBLIOGRAFÍA

ALCAIDE INCHAUSTI, J.: *Evolución Económica de las regiones y provincias españolas en el siglo XX*. Madrid, Fundación BBVA, 2003.

ALONSO, A.: *La modernización de España (1917-1939). Política y Sociedad*. Síntesis, Madrid, 2004.

ARTOLA, M.: *Partidos y Programas Políticos (1808-1936)*. Ariel, Madrid, 1975.

AZAÑA, M.: El problema español. Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares. Edición Facsímil. Madrid, 1911.

COLLADO, P.: *Miguel Hernández y su tiempo*. Ediciones Vosa, Madrid, 1993.

DÍEZ DE REVENGA, F. J.: “Miguel Hernández, Carmen Conde, el centenario de Lope de Vega y Cartagena”. En *Miguel Hernández y*

*Cartagena. Memorial José M<sup>a</sup> de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

FERRIS, J. L.: “La amada plural en *El rayo que no cesa*”. <http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/files/06joselu.pdf>

- *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*. Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2017. Cuarta edición.

FRANCO, F. J.: *Mujeres de la España Republicana*. Áglaya, Cartagena, 2007.

- “El Ateneo de Cartagena y la cultura republicana”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M<sup>a</sup> de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

LARRABIDE, A.: “La poesía comprometida de Miguel Hernández”. En *Miguel Hernández y Francisco Salinas. Dos poetas del pueblo*. Fundación Cultural Miguel Hernández, Orihuela, 2019.

- “Miguel Hernández y las misiones pedagógicas”, en *Miguel Hernández y Cartagena. Memorial José M<sup>a</sup> de Juana Aranzana*. Fundación Cultural Miguel Hernández, 2015.

MARTÍN, E.: *El oficio de poeta. Miguel Hernández*. Aguilar, 2010, p. 33.

NAVARRO ORTIZ, D.: *Miguel Hernández y su comprensión social del mundo*. Universidad de Murcia, 1997.

POVEDA, J.: *Vida, pasión y muerte de un poeta. Miguel Hernández*. Ediciones Oasis, México, 1975.

VILAR, P.: *Cataluña en la España Moderna*. Crítica, Barcelona, 1987.

VV.AA. *Catálogo de la exposición La Orihuela de Miguel Hernández (1910-42)*. Orihuela, 2011.